

de nuestra historia antigua y los acontecimientos más romanescos de la época virreinal; Castera, que baja á las minas, y con verdadero talento hace surgir de ese mundo subterráneo heroínas desconocidas y titanes del trabajo, para presentarlos en su preciosa colección de *Las Minas y los Mineros*; y en fin, otros varios escritores y poetas siguen su ejemplo, hasta hoy día, en que aparecen las *Tradiciones y leyendas mexicanas* de Riva Palacio y Peza, y los poemas de un poeta del cual vamos á hablar ahora.

II

Nos referimos al Sr. D. Eduardo del Valle, autor de una leyenda caballeresca, *Las Arras de la Boda*, de una composición muy interesante y muy mexicana, *Lupe*, y de un inspirado poema, escrito en correctas y sonoras octavas reales, é intitulado *Cuauhtemoc*, poema que hace poco tiempo vió la luz, siendo acogido por todos con aplauso general, y al que le hizo justicia en un brillante y magnífico prólogo, el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Bastaría tan sólo esta producción del Sr. Valle para conquistarse, como se ha conquistado, un lugar distinguido en la literatura patria; pero no dando tregua á su inspiración, acaba de escribir un pequeño poema, que si no se puede colocar á la altura del ya citado, sí el que ahora ha brotado de su infatigable numen poé-

tico, debe y deberá llamar la atención, por reunir á su mérito literario, el ser completamente nacional.

La nueva producción del Sr. Valle la intitula *Coyolicaltzin. Leyenda mexicana del siglo XV*, y aunque de cortas dimensiones, constituye un verdadero poema.

Al escribir *Las Arras de la Boda*, que tienen un argumento extranjero, leyenda que por otra parte es muy bella, el Sr. del Valle cometió tal vez un pecado que le censurarían los amantes de una literatura propia; pero de este pecado se absolvió él mismo con la publicación de su *Cuauhtemoc*, y ahora borra por completo las huellas que hubiera podido dejar semejante falta, con su último poema *Coyolicaltzin*.

En él ha tomado por argumento una de las más poéticas leyendas de nuestra historia antigua, sobre la cual sólo el Sr. D. Juan de Dios Villalón ha escrito algo, pues el resto de nuestros poetas la habían dejado olvidada, como otras muchas, entre las amarillentas páginas de nuestras crónicas.

No pretendemos hacer un extracto de la leyenda que ha servido de base para escribir *Coyolicaltzin*, pues si lo hiciéramos, tendríamos que ser difusos; así es que basta á nuestro objeto decir que los acontecimientos de ella tuvieron lugar en tiempo de Ahnizotl, cuando éste llevó sus conquistas hasta el señorío de los zapoteca.

El Sr. del Valle se ha ajustado, hasta donde es posible, á la verdad de la leyenda, tal como la refieren los historiadores, y no ha desperdiciado ningún detalle, por minucioso que fuera; ha sabido embellecerla en todos aquellos puntos en que es permitido al poeta suplir por medio de la imaginación lo que calla la cró-

nica, y ha animado á los personajes presentándolos perfectamente y con su carácter propio.

Hay en la leyenda trozos descriptivos de mucho mérito, como el del principio, en el que el autor nos presenta el valle de Oaxaca con su naturaleza tan exuberante y con sus producciones tan variadas.

Tiene escenas llenas de interés, como aquella en que la hija de Ahuizotl, llevada por poder de los dioses, se aparece saliendo de las aguas á Cosijoeza, y aquella otra en que los embajadores de éste se presentan al primero pidiéndole la mano de una de sus hijas; y como le hubieran señalado á la más querida y amada, se commueve, y entonces el poeta pone en sus labios exclamaciones tan naturales, como las que debe prorrum-pir un padre á quien se le priva de una de sus más preciadas joyas.

Nos ha llamado también la atención la manera tan nueva como bella, con que describe el Sr. Valle la estación primaveral.

En cuanto á la forma basta leer las estrofas del poema, para convencerse de que la versificación es fácil, correcta y sonora.

Tal es la impresión que produjo en nosotros *Coyolicaltzin* cuando esenchamos su lectura en una de las sesiones del Liceo Hidalgo; no hemos señalado los defectos que pudiera tener, porque éstos han de ser bien pocos, y además no fué nuestra intención formar un juicio crítico; sólo hemos querido en este artículo hacer notar, que el Sr. del Valle, con sus poemas que últimamente ha escrito, está contribuyendo á la creación de una literatura nacional.

Es, pues, digno de elogio el Sr. Eduardo del Valle.

y si prosigue en la senda que se ha trazado, es de presumirse que nuestra literatura le sea deudora, no sólo de su *Cuauhtemoc* y su *Coyolicaltzin*, sino de otras producciones de igual mérito y tan nacionales como éstas.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Mayo 23 de 1887.



Casi á mitad del vasto Continente
Que oculto en Occidente
Apartado vivió del Viejo Mundo,
Un populoso reino se extendía,
El cual logrado había
Sembrar en los demás terror profundo.

El reino zapoteca se llamaba
El que altivo imperaba
Entre las otras bélicas naciones;
Y que alcanzó, tras dilatada guerra,
Acrecentar su tierra
Al poder de atrevidos campeones.

Cosijoeza, príncipe guerrero,
De corazón entero
Y fuente de ejemplar sabiduría,
Era el egregio rey que decidido
E incansable, vencido
A sus contrarios en el campo había.

Desde Tehuantepec, que se alza ufano
 Frente del océano,
 Como atajando su impetu bravío,
 Hasta el confin de la montaña agreste
 Que se extiende al nordeste,
 Abarca el zapoteca poderío.

Allí quiso poner Naturaleza
 La espléndida belleza
 De sus encantos y sublimes galas;
 Todo es allí conjunto de armonía;
 Allí la poesía
 Tiende feliz sus atrevidas alas.

Están los prados fértiles cubiertos
 De naturales huertos
 En una eterna y dulce primavera.
 Tiempla el ardor del clima la salvaje
 Bóveda de follaje
 Que crece exuberante y altanera.

Cruzan el reino selvas espaciosas
 De maderas preciosas,
 Sólo para las fieras accesibles.
 Ricos metales guardan las entrañas
 De las altas montañas
 Que en su belleza son indescribibles.

Los frecuentados ásperos senderos
 Son los desfiladeros
 De la hilera de montes empinados.
 De un lado está la altura formidable;
 Del otro el espantable
 Abismo con sus riesgos dilatados.

Surcan los valles, amplios y frondosos,
 Los rios caudalosos,
 Que en el inquieto mar se precipitan.
 Sus aguas, avanzando impetuosas,
 En vueltas numerosas
 Saltan, y se revuelven y se agitan.

Forman bosques los cedros elevados;
 Sus frutos sazonados,
 Dulces como la miel, la anana ofrece.
 Cubren el ígneo sol de esos lugares
 Extensos platanares,
 Y garboso y altivo el mamey crece.

Del chirimoyo las abiertas flores
 Esparcen sus olores,
 La atmósfera caliente embalsamando.
 Esbeltos se alzan los gigantes pinos
 Que en los de los encinos
 Sus ramajes están entrelazando.

Se cimbran arrogantes las palmeras;
 Agitanse ligeras
 Del ahucátl las hojas extendidas.
 Forman tupidas cercas las retamas,
 A cuyas verdes ramas
 Están las trepadoras adheridas.

Brotan aquí y allá rústicas fuentes
 De limpidas corrientes
 Que al fértil suelo dan dicha colmada.
 Aquí un arroyo bullidor serpea;
 Más allá centellea
 El golpe mujidor de una cascada.

Recorren de los montes la espesura
 Rugiendo con bravura
 El temible jaguar y la pantera.
 Se arrastran en los mágicos pensiles
 Venenosos reptiles
 A cuya vista el corazón se altera.

Saltan sobre los riscos elevados
 Ágiles los venados,
 Que en vano el hombre á perseguir se lanza.
 Saliendo apenas de su nido umbroso
 El roedor medroso,
 Su triste vida á conservar aleanza.

En sus aéreos rústicos palacios
 Inundan los espacios
 Las aves con alegre melodía.
 El *zánatl*, el *zenzontli*, el *carpintero*,
 El *clarín* y el *jilquero*
 Trasunto son de excelsa poesía.

Alza el *madrugador* su grato acento
 Cuando en el firmamento
 Apacible la luz apenas brota;
 Y entonces el *gorrión* y el *cuillacoche*
 Que terminó la noche
 Anuncian á la par con dulce nota.

De esa nación completa la belleza
 La excepcional riqueza
 De un cielo de turquesas fabricado,
 Cielo en que limpio el sol durante el día
 Brilla, y en la sombría
 Noche, está de carbunclos tachonado.

Pueblan el reino tribus indomables
 Que altivas é incansables
 Vencen en la batalla al enemigo.
 Todo invasor en la montaña agreste
 Sucumbió con su hueste,
 Hallando sólo vengador castigo.

El temible Ahuizotl, el soberano
 Del reino mexicano,
 Que sojuzgó á los pueblos y á los reyes,
 Llevó en són de conquista sus legiones
 Hasta aquellas regiones
 Para imponerles sus tiranas leyes.

Y dominó á los pueblos valerosos,
 Y tributos odiosos
 Impuso á los lugares conquistados.
 Estableció ciudades espaciosas
 En las vegas hermosas
 Que sirvieron de asilo á sus soldados.

Pero los pueblos libres, si oprimidos
 Se ven, no envilecidos
 Abandonan del triunfo la esperanza.
 Cada pecho, con ansia halagadora,
 Palpita por la hora
 Feliz de la legítima venganza.

El pueblo zapoteca, que sufría
 La dura tiranía
 Del terrible monarca mexicano,
 Dando creces al odio y los rencores,
 Contra sus opresores
 Mortal castigo preparaba ufano.

Al fin lució la suspirada aurora
 Del triunfo, y en tal hora
 El pueblo quiso rescatar sus fueros.
 Numerosa y altiva caravana
 De gente mexicana
 Llegó al país cruzando sus senderos.

Del rey Cosijoeza los soldados,
 Obedeciendo airados
 Al odio que engendraran sus dolores,
 Sobre esa muchedumbre presto llegan
 Y sin piedad se entregan
 A saciar sus legítimos rencores.

Como suele, tras rudas sacudidas,
 Arrojar encendidas
 El volcán sus entrañas destructoras,
 Y la región del viento atravesando,
 Caen en tierra llevando
 Muerte y asolación aterradoras;

Y á su poder, que por momentos crece,
 Del hombre se estremece
 El corazón que fuera valeroso,
 Y falto de vigor y macilento
 No opone al elemento
 Voraz su resistencia poderoso;

CAPILLA ALFONSO DE
 EMERSON UNIVERESITARIA

Así los zapotecas lidiadores
 Cayeron destructores
 Sobre la sorprendida caravana,
 Que no esperando tan feroz violencia,
 También sin resistencia
 Sucumbió al golpe de crueldad insana.

Llega á Tenochtitlán la nueva horrible,
 Y espantoso y terrible
 Apréstase Ahuizotl á la contienda;
 Y le serán los númenes propicios,
 Que humanos sacrificios
 Antes llevó á sus aras en ofrenda.

Al mando de adalides valerosos
 En grupos numerosos
 Salen los mexicanos á campaña.
 A su frente Ahuizotl, fiero y temible,
 Llega al inaccesible
 Sitio en que se alza la áspera montaña.

Penetra en Huaxyacac, y su denuedo
 Siembra el terror y el miedo
 Entre los sorprendidos pobladores.
 Las tropas mexicanas avanzando
 Van rápidas llevando
 El exterminio en todos sus horrores.

Ni el templo consagrado á las deidades
 Escapa á las crueldades
 Que comete Ahuizotl en su ardimiento.
 Pronto el sacro lugar es incendiado
 Y luego derribado
 En segura señal de vencimiento.

El mexicano ejército animoso
 Recorre victorioso
 De Huaxyacac á Mitla la distancia.
 Aquí á los hombres da violenta muerte;
 Más allá se convierte
 En mar que se desborda en su arrogancia.

Y unas veces la sangre derramando,
 Otras veces talando
 Las miseras y quietas poblaciones,
 La hueste de Ahuizotl á Mitla llega,
 Y allí también se entrega
 A nuevos y crueles baldones.

Después de ejecutar tal exterminio
 Regresa á su dominio
 Ahuizotl, deslumbrando con su gloria.
 Cosijoeza entonces á su gente
 Apresta, y de ella al frente
 Marcha á la lid en pos de la victoria.

CAPILLA ALTERNATIVA
 Dpto. TOXTEPEC, UNIV. DEL ESTADO DE OAXACA

Acompañóle la voluble suerte,
 Y por doquier la muerte
 Llevando como el rayo fragoroso,
 Al mexicano ejército escarmienta,
 Y su poder se asienta
 Otra vez más seguro y vigoroso.

Después de castigar al enemigo
 Se prepara, al abrigo
 De los baluartes que alza en la montaña,
 A rechazar las fuertes agresiones
 De las nuevas legiones
 Que el soberbio Ahuizotl pondrá en campaña.

Su instinto de guerrero no fué vano:
 Pronto el rey mexicano
 Entra en la tierra numerosa hueste,
 Que como el huracán irresistible
 Con empuje terrible
 Rauda camina á la muralla agreste.

De la sierra salvaje en la aspereza
 El rey Cosijoeza
 Defiende con desnudo sus Estados;
 Dilatada y tremenda es la campaña,
 Pero el celo acompaña
 Del reino zapoteca á los soldados.

Las filas mexicanas, con bravura
 Entran en la espesura
 De las selvas de cedros y de pinos,
 En cuyas quiebras lóbregas y estrechas,
 De innumerables flechas
 Reciben ¡ay! los golpes asesinos.

Otras veces atacan los guerreros
 De Ahuizotl, los senderos
 De la montaña, que es inaccesible,
 Y allí con su valor que tanto abarca
 El guerrero monarca
 También contiene al invasor temible.

Prolóngase la lucha asoladora;
 La legión invasora
 Ceder no quiere en su tenaz porfía;
 Pero el pueblo indomable no se aterra
 Y sostiene la guerra
 Con patriótico ardor y valentía.

Mientras el mexicano desfallece,
 Del zapoteca crece
 El ejército bravo y poderoso;
 Se afirma en la montaña de Quiengola
 Y su pendón tremola
 En la cima el monarca valeroso.

CAPILLA ALFONSO DE SÁNCHEZ

Ni el hambre ni la sed truecan en miedo
 El general denuedo
 De esa nación para la lid nacida.
 Agua le dan arroyos y cascadas,
 Y viandas codiciadas,
 Del contrario los cuerpos ya sin vida.

Quedan en la montaña abandonados
 Los cuerpos desangrados
 De los guerreros que en la lid perecen.
 Dando indicio de bárbaros horrores,
 Del sol á los fulgores
 Las blancas osamentas resplandecen.

Clava el rey zapoteca su estandarte
 En tétrico baluarte
 Que estableció con cráneos en la altura,
 Y mostrándole luego al enemigo
 El espantable abrigo,
 Señal le da de perdición segura.

Del soberbio Ahuizotl intimidados
 Los feroces soldados
 Tregna piden al gran Cosijoeza ;
 Y el indómito rey, que tanto puede,
 Generoso concede
 La gracia que se pide á su grandeza.

Mas no acepta la paz que con porfía
 A proponer le envía
 El altivo monarca mexicano.
 Quiere, sediento de renombre y gloria,
 Obtener la victoria
 Al poder de su genio soberano.

En vano es que Ahuizotl, de su tesoro
 Le mande en piezas de oro
 Los más preciados y exquisitos dones ;
 No descende de la áspera montaña
 Y apresta á la campaña
 Nuevos y numerosos escuadrones.

Dejando resguardada esa frontera
 Conduce su bandera
 Hacia Tehuantepec, y victorioso
 A los cercanos reinos se encamina,
 Y doquier ilumina
 De su poder el rayo esplendoroso.

Torna á Tehuantepec, y la ventura,
 Sonriéndole pura,
 En su triunfal carrera le acompaña ;
 Y cuando al centro de su corte llega
 A restaurar se entrega
 Su vigor amenguado en la campaña.

CAPILLA ALFONSO DE
 SANTIAGO, UNIVERSIDAD DE
 MADRID

Ovaciones, festejos y alegría
 Ofrecen á porfía
 Sus vasallos al rey afortunado.
 Todo le brinda saludable calma,
 Derramando en su alma
 Un manantial de bienes encantado.

Junto á Tehuantepec, en la llanura,
 Al pie de la espesura
 De añosos fresnos de ramaje umbrío,
 Entre silvestre lecho de amapolas,
 Corren las breves olas
 De trasparente y apacible río.

Cubierta con magnífica enramada
 De flores, y alfombrada
 Con blando césped, hállase una gruta
 A la margen del río bullicioso,
 En cuyo sitio hermoso
 Bienestar inefable se disfruta.

Allí forman los pájaros cantores
 Sus nidos con las flores
 Entretejidas de luciente grama.
 Se aspira allí un ambiente delicado
 De aromas impregnado
 Que eternamente la salud derrama.

Cuéntase que al poder de hermosa ninfa,
 Que sale de la linfa,
 Las hadas en la gruta se convocan ;
 Y que en aquel recinto concertadas
 Alegres y animadas
 Hechizan con su magia lo que tocan.

En la ciudad cercana se decía
 Que al despuntar el día
 O al ocultarse el sol en Occidente,
 Todo el que ver su porvenir quisiera
 A la gruta acudiera
 A interrogar á la veloz corriente.

Y que nunca el oráculo divino
 Mintió al que con fe vino
 A escudriñar el porvenir oscuro.
 Todos los que afanosos lo buscaron
 Fácilmente sondaron
 Las compactas tinieblas del futuro.

También Cosijoeza, altivo y fuerte,
 Quiso saber la suerte
 Que el destino inmutable le depara ;
 Y armado de la fe supersticiosa
 De su raza, á la hermosa
 Gruta á partir violento se prepara.

Reinando está la grata Primavera;
 Su apacible carrera
 Prosigue lento el murmurante río:
 De inalterable calma se disfruta
 En la encantada gruta
 Que envuelta se halla en el ramaje umbrío.

La suave luz de la naciente aurora
 El horizonte dora,
 Las sombras de la noche disipando.
 En las flores se ven líquidas perlas
 Que con ansia á beberlas
 Acude el chuparrosa revolando.

El trasparente azul del firmamento
 Se alumbra en tal momento
 A la luz de los astros tembladores.
 Ténue arrebol en el Oriente asoma
 Que la cercana loma
 Abrasa con sus igneos resplandores.

De la gruta en el fondo, adormecido
 Sobre el césped mullido,
 Se encuentra el joven rey Cosijoeza.
 Su horóscopo saber ambicionando
 Llegó hasta allí, dejando
 En la ciudad su terrenal grandeza.

Es fama que las ninfas y las hadas
 Huyen de las miradas
 De quien medroso de ellas desconfía;
 Por eso si alguien á buscarlas llega,
 Alentando fe ciega,
 Privado debe estar de compañía.

Un éxtasis sublime sorprendiólo
 Al encontrarse solo
 El rey en aquel mágico recinto.
 Blando rumor se esparce en la enramada,
 Que parece agitada
 En tal sazón por hechicero instinto.

Música grata, de ventura llena,
 Cadenciosa resuena,
 De las aves los trinos semejaando.
 Imprégnase la atmósfera de olores
 Cual si todas las flores
 Su pureza estuvieran exhalaando.

Vapor sutil elévase del río
 Formando en el vacío,
 Frente á la gruta, caprichosa nube.
 A veces se detiene en la llanura,
 A veces á la altura
 Con rapidez en espirales sube.